

los militantes en el campo del positivismo:

*Por una parte*, Laband y Anschütz, como "absolutistas".

*Por otra*, Jellinek y Thoma, como "ilustrados".

Y son precisamente estos positivistas que hemos decidido calificar de "ilustrados", los que por medio de preguntas directas llegan pronto a un conocimiento de las "faltas" o "debilidades" que más claramente se advierten en el positivismo jurídico.

Intimamente ligados con esta supresión del positivismo está lo que llama Ehmke "derrumbamiento de la enseñanza del Estado" para lograr salvar la pureza del Derecho, y en este sentido Hans KELSEN ataca la "Teoría de las dos páginas" de Jellinek, llegando, a través de un método normativo, a la identificación radical de Estado y Derecho.

Ahora bien, Carlos SCHMITT, con su *Decisionismo*, que cabe considerarlo simplemente como el "polo opuesto" al positivismo de KELSEN, se muestra (al igual que ocurrió con KELSEN) incapaz de encuadrar en sus concepciones filosófico-jurídicas, la *Viveza y movilidad* del Estado como constitución, para trasplantar después este resultado a una teoría pura del mismo.

De ahí pues que *Normativismo* (Kelsen) y *Decisionismo* (Schmitt) sean incompletos, y con objeto de evitar estas diferencias surge la colaboración de Hermann HELLER, Enrich KAUFMANN y sobre todo de Rudolf SMEND.

Todas las demás discusiones que surgen en la República de WEIMAR no van directamente a aclarar el significado hartamente casuístico del art. 76, pero sin embargo dan pie para lograr la solución a la pregunta que encabeza este trabajo.

De toda la bibliografía existente, para nuestro tema únicamente nos parecen acertadas las obras de SMEND (*Integrationslehre*) y el trabajo constante de su discípulo Hsü-Dau-Lin.

En cuanto a SMEND, sus trabajos

conducen a un abandono parcial del radical normativismo de KELSEN y una oposición a la escuela de Zürich, representada por Schindler, Kägi y Haug.

Los trabajos de este último (1946) tratando de los límites de la Constitución es la última manifestación clara en torno a nuestro tema.

Actualmente el problema de si es posible o no un cambio de Constitución requiere primero una contestación; la que correspondería a la pregunta de si "el cambio de una ley fundamental se diferencia cualitativamente del cambio de una Constitución". Y una vez contestada, ver si todo este tratamiento tiene modernamente para nosotros un valor efectivo.

Ehmke sostiene desde aquí que siguiendo un razonamiento de preguntas (a la manera de los positivistas ilustrados Jellinek y Thomas) se llegaría a la resolución, al menos desde un punto de vista teórico, de este problema.—EUSEBIO CORTES BRETON Y SIERRA.

MILOVAN DJILAS: "La Nueva Clase. Análisis del régimen comunista". Traducción de Luis Echávarri. EDHASA. Barcelona, 1957. 252 páginas.

Seguramente ningún libro de actualidad política ha obtenido un éxito tan rotundo como "La Nueva Clase", del yugoslavo Milovan Djilas. Las memorias de guerra escritas por los generales que la hicieron; los libros sobre el porvenir del mundo, la política internacional o la situación partidista en las naciones democráticas, que han sido en el último decenio el pasto intelectual de millones de hombres; los ensayos más variados en la defensa de éste o aquel sistema ideológico, debidos a la pluma de pensadores sin duda eminentes y experimentados, e incluso la obrita del barbero de Hitler, Hans Linge, sobre la vida sorprendente de aquel loco trágico, son publicaciones que no han alcanzado—con ser el suyo muy grande—el extraordinario éxito de librería de "La Nueva Clase". La obra de Djilas, han afirmado repetidamente los periodistas norteamericanos, es el "best-

seller" del año. Esto es ya importante.

Pero ¿a qué se debe este éxito colosal? ¿Qué nuevos descubrimientos ha hecho Djilas en el intrínquilis comunista que tanto ha llamado la atención su obra? Muchas personas seguramente se han formulado esos o parecidos interrogantes. Pero no faltarán quienes crean que sobre el comunismo, como sobre otras muchas cosas, ya se había dicho todo, hasta la última palabra. Sin duda el éxito de "La Nueva Clase" constituye un completo mentís a la postura de esos hombres profundos, o por lo menos explicaría una tendencia mental nueva ya muy notoria: el afán de mucha gente que desea conocer obras serias y de calidad—ajenas a la simple propaganda y a todo interés partidario—sobre el estado actual del comunismo.

Djilas—reconozcámoslo desde el principio—, que fué en otro tiempo un exaltado y fanático propagandista de la revolución social según la pauta fijada por Marx y los ideólogos soviéticos, no utiliza el lenguaje desabrido e insultante que era de esperar. Por esta vez, al menos, quedan chasqueados quienes busquen en este libro el tono violento, la afrenta o el insulto fácil que les permitan hablar de un hipotético "resentimiento", "una acusada conciencia de rencor", "un pataleo de la impotencia" o cosa así, con que explicar el nuevo rumbo ideológico del autor. Con esas o análogas expresiones los dogmáticos de esta hora han justificado neciamente la falta de indiferencia de muchas personas ante sus yerros, su brutal intransigencia y su política monopolista. "La Nueva Clase" posee en este sentido una gran serenidad y medida, cualidades típicas también de su autor, que al fin de cuentas se revela como un hombre que observa desde lo alto los principios y la realidad vivida del comunismo. A este modo de proceder—y a este modo de escribir—lo llamamos en castellano "objetividad", y esto nos sitúa ya en el camino para simpatizar con el señor Djilas; porque la verdad es ésa: el espí-

ritu furiosamente partidista, venga de donde viniere, cuando pretende hablarnos con palabras categóricas o un dogmatismo irreprochable y absorbente, no nos agrada; nos parecen sus gritos, lamentos o ruidos molestos a los que no habremos de acostumbrarnos nunca.

En este libro que recensamos hay diez capítulos o apartados, escritos con la técnica peculiar de los ideólogos marxistas. Brevemente expondremos el contenido de cada uno de ellos. Una visión de conjunto de "La Nueva Clase" puede ser útil en sí misma y puede serlo también para situarnos ante la biografía de su autor, después de todo uno de los más interesantes actores con que cuenta el actual escenario de variedades de política mundial.

1) "La Nueva Clase" da comienzo con una exposición de los puntos doctrinales de partida, "las ideas básicas", del comunismo actual: los dogmas de la Primacía de la Materia y el de la Realidad del Cambio. A partir del análisis de estos principios del comunismo moderno, con antecedentes muy claros entre los filósofos griegos, Djilas entra en una exposición, a grandes trazos, del desarrollo de los acontecimientos de tipo marxista ocurridos en el mundo después de la desaparición del "científico, economista y sociólogo" de Tréveris. El autor examina las direcciones fundamentales del marxismo, la dirección totalitaria o leninista y la dirección socialdemócrata o socialista, radicadas cada una en extensiones geográficas y en zonas culturales y de desarrollo económico distintas. El proceso de dogmatización del comunismo y el de su democratización en la vertiente occidental son quizás los fenómenos social políticos más interesantes de esta primera mitad de siglo. La necesidad del programa de industrialización hizo posible en los países subdesarrollados—Rusia, Yugoslavia, China—el comunismo totalitario; pero en otros países no fueron las exigencias revolucionarias las que impusieron el régimen comunista, sino los "misioneros armados" de la URSS. En Occidente, donde

existía una tradición democrática firme y un desarrollo económico notorio, la ficción parlamentaria y las condiciones de libertad del Estado de Derecho impidieron la viabilidad de la revolución comunista.

2) Sigue en la obra de Djilas un examen del carácter de la revolución comunista, basado en su distinción de todos los movimientos revolucionarios de tipo burgués que se han sucedido en Occidente, sobre todo después del francés de 1789. Analiza el autor por lo menos doce diferencias entre las revoluciones sociales y políticas; de entre ellas recordamos aquí estas tres: a) Las revoluciones burguesas "se produjeron después de haber comenzado a prevalecer nuevas relaciones económicas o sociales, y de que el viejo sistema político se hubo convertido en el único obstáculo para el progreso". Por el contrario, las revoluciones comunistas no se han producido nunca "porque existieran ya en la economía relaciones nuevas, digamos socialistas, o porque el capitalismo se hubiera desarrollado demasiado": surgieron precisamente porque ese capitalismo era débil y no se sentía capaz de emprender el plan de la industrialización del país. b) En todas las revoluciones clásicas "la fuerza y la violencia aparecieron predominantemente como una consecuencia, como un instrumento de fuerzas y relaciones sociales nuevas, pero ya dominantes". "En las revoluciones comunistas la fuerza y la violencia constituyen una condición para el desarrollo y el progreso". "Para los comunistas, la fuerza y la violencia se elevan a la categoría de un culto y un fin esencial". c) Todas las revoluciones anteriores no pudieron estallar sino cuando se daban determinadas condiciones favorables y generales. La guerra o la crisis del Estado, como condiciones de carácter excepcional, no las hacían necesarias, "por lo menos para las más importantes". "Sin embargo, hasta ahora esa ha sido una condición fundamental para la victoria de las revoluciones comunistas". "La razón de que la guerra fuese necesaria para la revolución comunista, o para la caída de la maquinaria del Es-

tado, debe buscarse en la inmadurez de la economía y la sociedad. Cuando se produce el derrumbe de un sistema, y sobre todo en una guerra que ha sido desafortunada para los círculos gobernantes y el sistema estatal existentes, un grupo pequeño, pero bien organizado y disciplinado, es inevitablemente capaz de tomar la autoridad en sus manos".

3) La diferencia fundamental entre las revoluciones comunista y burguesa estriba en que la primera crea forzosamente una "nueva clase", despótica, inteligente, que disfruta de todos los bienes colectivizados y con un poder tan intenso y total como nunca tuvo nadie en la historia. Lo que hasta ahora se llamaba "aparato del Partido y del Estado" es en realidad un complejo social estructurado en una "nueva clase". Esta nueva clase tiene su origen en "un estrato especial de burócratas, los que no son funcionarios administrativos", es decir, la "burocracia gubernamental" o "burocracia política comunista"; y se caracteriza, repetimos, porque ella y sólo ella "usa, disfruta y dispone de la propiedad nacionalizada". La nueva clase, después de haber realizado su cometido fundamental—la industrialización—, "no puede hacer ahora otra cosa que aumentar su fuerza bruta y el saqueo del pueblo". Es difícil comprender que un partido político victorioso haya creado una clase, porque en general los partidos no son otra cosa que los órganos naturales donde cristaliza la ideología política de las clases sociales. Sin embargo, en los países de régimen comunista la nueva clase apareció tras el triunfo de la revolución y se ha consolidado progresivamente hasta llegar a constituir un grupo de monopolistas o administradores privilegiados.

4) Djilas examina en este apartado cuarto el "papel director" y absorbente del partido comunista, por lo menos en los países donde su revolución ha triunfado. Su influencia y monopolio se advierte en todos los aspectos vitales: controla la vida individual y social, el pensamiento, la economía, la política, las manifestaciones artísticas, etcétera. Todos los partidos comunistas victoriosos tra-

tan de construir una sociedad desde las ideas de la unidad más absoluta. No es extraño, entonces, que el Estado histórico “desaparezca” para dar paso a una nueva forma política, el “Estado de Partido”. Djilas llama a este totalitarismo del partido “manejo comunista de la máquina social”.

5) Consecuencia del supuesto fáctico del Estado partidista es “el dogmatismo en la economía”. El autor analiza el sistema comunista de planificación económica, implantado en la URSS y en los países encarrilados en su estela. Alude a los campamentos de trabajo, a la ausencia de libertad de empleo y, en general, a las condiciones de la vida de obreros y campesinos. A juicio de Djilas “a pesar de su poderosa concentración de fuerzas en un par de manos y de sus éxitos rápidos, aunque desequilibrados, el sistema económico comunista ha venido mostrando profundas fisuras y debilidades desde que alcanzó su victoria completa. Aunque todavía no ha llegado a la cima de su poderío, encuentra ya dificultades. Su porvenir es cada vez menos seguro. El sistema económico comunista tendrá que luchar furiosamente, dentro y fuera, para seguir existiendo”.

6) Otra consecuencia práctica de la doctrina monolítica de los ideólogos marxistas es lo que el autor llama “la tiranía sobre la mente”. Se investiga ahora el “refinamiento clínico” con que los comunistas ejercen su poder sobre los intelectuales y científicos rusos. Hay un análisis del fenómeno social de la “autocensura”—latente incluso en muchos países occidentales—y, finalmente, se trazan las líneas más generales del dogmatismo integral del partido, que, en todo aquello que afecta al pensamiento y a la actividad científica, podría resumirse en estas palabras: “prohibición de las ideas ajenas e imposición exclusiva de las del partido”.

7) El autor expone en este capítulo lo que ha significado para el comunismo en el orden real o histórico la doctrina del fin y los medios. La vieja tesis de los dogmáticos e intransigentes—“el fin

justifica los medios”—ha sido aceptada por los revolucionarios comunistas, y no podía ocurrir de otra manera. “Cuando la nueva clase explotadora asciende al Poder, trata de justificar sus métodos no idealistas invocando sus fines idealistas”. “Es así cómo los comunistas justifican la tiranía, la vileza y el crimen”. El señuelo de una sociedad ideal comunista en el mundo futuro constituye un fin que permite toda suerte de violencias e injusticias. Esta doctrina general conduce al autor a analizar la evolución de la teoría del fin y los medios en la historia de la revolución y consolidación comunistas, y a explicar la naturaleza psicológica y real de los llamados “juicios de Moscú” o de cualquiera de las capitales del orbe comunista.

8) Un estudio completo y categórico sobre la esencia del comunismo, como realidad vivida, no parece que pueda llevarse a cabo todavía. Estando como está sujeto a una evolución paulatina y gradual, los estudios realizados sobre ese régimen político “han captado uno de sus aspectos o un aspecto de su esencia”, pero nada más. Djilas alude en este capítulo octavo a las dos tesis fundamentales que con respecto a la esencia del comunismo de Marx, Lenin y Stalin se han formulado en diversas épocas: su consideración como una religión nueva y como un socialismo revolucionario. El capítulo concluye con la exposición de las propias ideas del autor sobre este problema. Explica la esencia de la realidad comunista como un “totalitarismo moderno”, en el sentido de que “se compone de tres factores fundamentales para dominar al pueblo”, es decir, el poder, la propiedad y la ideología. El señor Djilas examina, en fin, la naturaleza del poder en manos de la oligarquía comunista, y lo interpreta como la fuerza física total, monopolizada por la nueva clase y que prensa minuciosamente a todas las cosas y personas.

9) La nueva fórmula política del comunismo internacional, de que fué defensor acérrimo y teórico sagaz el autor de este libro, es el nacionalcomunismo o titismo. Djilas advierte que, después que envió la URSS sus “misioneros ar-

mados" a los países satélites, ha surgido un movimiento nacional esperanzador —cuya concreción máxima se halla en Yugoslavia—, que pretende sacudirse la hegemonía doctrinal y real de la Unión Soviética. El choque entre Yugoslavia y la URSS "no era un caso aislado, sino solamente el más fuerte y el primero de los producidos". Polonia, Hungría e incluso China han seguido la misma pauta con éxito variable. El nacionalcomunismo no constituye en principio una atenuación de los ideales totalitarios comunistas; pero posee múltiples ventajas sobre la fórmula "Kominform" o imperialista, creada por Stalin "para garantizar la dominación soviética en los países satélites y para intensificar su influencia en la Europa occidental". Estas ventajas o beneficios pueden resumirse en los siguientes: se evita el pago de tributos a un gobierno extranjero, disminuye la presión extraña sobre el gobierno nacional y el comunismo toma los derroteros peculiares del país, atendiendo a su historia inmediata, a las condiciones del desarrollo general y a la mentalidad característica del pueblo. El autor analiza las formas de imperialismo adoptadas por la Unión Soviética y las causas de la aparición del comunismo nacional como un fenómeno general dentro del orbe socialista-totalitario. "El reconocimiento de formas nacionales de comunismo, que el gobierno soviético ha hecho a regañadientes, tiene una importancia inmensa y oculta en sí peligros muy considerables para el imperialismo soviético". Esos peligros se pueden reducir a la relativa libertad de discusión que implica el nacionalcomunismo, es decir, la nueva fórmula política significa la independencia ideológica, la destrucción del mundo monolítico comunista. Sin embargo, el comunismo nacional no supone la esperanza de que pudiera evolucionarse hacia el socialismo democrático o que llegara a "servir como puente entre la democracia social y el comunismo". El autor concluye examinando la "inmensa importancia internacional" que las ideas de autonomía y nacionalismo tendrían para los partidos comunistas occidentales.

10) "La Nueva Clase" termina con el examen de los problemas que en el orden económico tiene planteado el mundo actual. El autor alude especialmente al proceso ascensional que se observa en los últimos cincuenta años y que desembocará en lo que llama "la unidad de producción del mundo". Esboza un cuadro de la situación internacional de nuestro tiempo, que le permite explicar las razones del rápido progreso de los Estados Unidos y la génesis de los totalitarismos nazi y comunista. El papel importante del fenómeno bélico queda suficientemente puesto de relieve en la primera mitad del siglo actual, con las dos conflagraciones mundiales sin duda de esencia y móviles distintos a las guerras clásicas. "El carácter revolucionario de las guerras modernas se pone de manifiesto no sólo en el hecho de que impulsan los descubrimientos técnicos, sino, sobre todo, en que modifican la estructura económica y social. En la Gran Bretaña, la segunda guerra mundial expuso y afectó las relaciones hasta tal punto que se hizo inevitable una nacionalización considerable. La India, Birmania e Indonesia salieron de la guerra como países independientes. La unificación de la Europa occidental se inició como consecuencia de la guerra. Elevó a los Estados Unidos y a la Unión Soviética como las dos potencias económicas y políticas principales". Esa influencia decisiva de la guerra moderna sobre las naciones se debe al hecho de ser "inevitablemente total" y a la conciencia de comunidad internacional que se ha formado en el mundo. El proceso apuntado de unificación de la producción no es nuevo, pero ha adquirido en nuestra época una radicalidad o necesidad de que careció anteriormente. La guerra o los medios pacíficos—"el único procedimiento juicioso"—serán los métodos por los que pueda realizarse "la coordinación y la unificación de la producción mundial". En la postguerra que vivimos se ha dividido el mundo en dos sistemas irreductibles, furiosamente antagónicos, Occidente y Oriente, cada uno de los cuales es expresión de una ideología y de una estructura política peculiar, la

democracia occidental y el comunismo totalitario. Sin embargo, las ideas de la unificación no han sido desechadas del seno de cada uno de esos sistemas, aunque ha tomado en ellos sus perfiles y orientaciones especiales. Pero no es posible que el conflicto entre esos dos sistemas internacionales desemboque en la implantación de uno sólo de ellos: "el mundo futuro será probablemente más variado y, no obstante, más unificado". Desde luego "es posible obtener, en armonía con las crecientes aspiraciones económicas y democráticas del mundo, más pan y libertad para la gente en general, una distribución más justa de los bienes y un ritmo normal en el desarrollo económico". El libro finaliza con el examen de la acusada política intervencionista, que ha dado origen a la "economía mixta" en las democracias occidentales, y la peculiar situación de la economía soviética con respecto a las ideas de la unificación mundial.

Esta exposición, un tanto fugaz y recortada, del contenido de "La Nueva Clase" puede sin duda ponernos de acuerdo con el lector en una cosa: en líneas generales, el libro de Milovan Djilas no es muy original, ni tampoco tan transcendente su contenido como para que llegara a ser el "best-seller" de los libreros norteamericanos. No se trata de un desprecio olímpico. "La Nueva Clase" no es ningún documento definitivo, si es que le comparamos con otras producciones anteriores sobre igual asunto. No sería difícil citar aquí una bibliografía muy completa, una relación de libros que con mayor o menor fortuna examinaron todos y cada uno de los problemas que ahora estudia Djilas. El mismo autor lo reconoce así al escribir estas palabras: "Casi todo lo que contiene este libro se ha dicho en otras partes y de un modo distinto". Otra cosa es, naturalmente, negar la honradez con que el autor expone sus nuevas ideas e incluso la penetración con que ahonda en diversas cuestiones. Podemos, pues, formularnos la misma pregunta con que se iniciaba esta nota bibliográfica: ¿A qué se debe el éxito indiscutible de esta obra? ¿Se trata de

"un libro demoledor", como ha pretendido Edward Crankshaw? Hace algunos meses escribía el ilustre François Bondy: "Ciertamente que "La Nueva Clase" no tendría ese inestimable valor si Djilas no fuese quien es: el primer dirigente de un Estado comunista que juzga en conjunto, desde lo alto pero también desde dentro, la estructura y el funcionamiento del Estado comunista y que somete a éste a una crítica fundamental". En efecto; la gloria de este libro—ya la tiene, y muy grande, al año exacto de su publicación en Nueva York—se debe seguramente al hecho de que su autor padece en la prisión de Stemska Mitrovica los rigores y penalidades que los dogmáticos yugoeslavos le han impuesto, precisamente por haber dado a la publicidad este importante ensayo.

Toda la biografía de Milovan Djilas—tan emparentada con su obra—se condensa en la actividad de un gran revolucionario, un revolucionario activo y fanático, que al propio tiempo es un intelectual, profundo conocedor de la historia del socialismo y de las leyes de la dinámica social. Este montenegrino se incorporó a los diecisiete años al exiguo partido comunista de su país y dió comienzo a una intensa actividad política, dentro y fuera de los medios universitarios, que habría de situarle con el tiempo entre los más calificados prohombres del movimiento comunista internacional. Con anterioridad a la segunda guerra mundial fué encarcelado por su actitud extremista y por haber participado en una conspiración contra el régimen político imperante, la monarquía. Cuando Hitler ocupó Yugoslavia, Djilas fué agregado al estado mayor de la Resistencia que dirigía Tito. Fué un "partisano" ejemplar, según todas las referencias biográficas publicadas en estos meses. Durante los años de la guerra, al tiempo que los comunistas organizaban sus guerrillas y combatían después a los ocupantes nazis, los clanes de la organización comunista yugoeslava llevaron a cabo una sorda lucha interna por el monopolio del partido, lucha que desembocó en el triunfo

de Tito y su equipo, Kardelj, Kankovic, Djilas, etcétera. Al final de la guerra, que para Yugoslavia supuso el triunfo del comunismo, Djilas fué nombrado jefe de prensa y propaganda, y más tarde vicepresidente de la República popular y presidente de la Asamblea Nacional. Poeta de positivo valor, periodista fácil, soldado cuando la necesidad de su patria lo requirió ensayista ahora, revolucionario idealista siempre, Milovan Djilas fué, sin duda, uno de los intelectuales que más labor efectuó en Yugoslavia para la implantación del régimen comunista.

En el bienio de 1948-1949 fué el teórico de la ruptura con el comunismo internacional o estalinismo, y a su talento, a su trabajo incansable y a su indiscutible preparación se debió ese giro nacionalista que ha tomado la política internacional de Tito en orden a las relaciones del régimen yugoeslavo con el resto de los países comunistas.

Pero la nueva fórmula política, el nacionalcomunismo, no debió ser para Milovan Djilas la meta definitiva de su vehemente idealismo. Dió entonces comienzo a una persistente revisión de los valores del comunismo y de la realidad social yugoeslava, cuya compulsación desencadenó en su ánimo el escepticismo y la creencia de que sólo el progreso social auténtico se logra por las vías democráticas y no por el sistema de partido único. Además creyó que el régimen de partidos políticos conduciría a la extinción de los clanes o grupos "ansiosos del Poder". A partir de esta conversión ideológica, Djilas se hizo socialista democrático. En enero de 1954 publicó una tremenda diatriba contra el régimen titista, la corrupción del sistema en general y el imperio de terror que reinaba en el país. Este artículo le ocasionó la pérdida del lugar preeminente que había desempeñado en la política yugoeslava hasta entonces: fué destituido de todos sus cargos y privilegios, excluido del Comité Central, y poco después se le expulsó del partido, al tiempo que un tribunal le condenaba a dieciocho meses de prisión. No

obstante, se difirió el cumplimiento de esa pena; las razones de ello son muy complejas pero fáciles de entrever.

La carrera de distanciamiento del régimen estaba ya iniciada. La revolución húngara, desencadenada por el pueblo contra la tiranía de que era víctima por el comunismo internacional, provoca en Djilas un nuevo acto de condenación de la barbarie soviética. A tal respecto, en noviembre de 1956, publica en un semanario liberal de Nueva York—el "New Leader"—un brillante artículo, donde alude a la importancia y el significado que para el futuro del comunismo tendrá la revuelta húngara y en el que condena la intervención de lo que él llamaría después los "misioneros armados" rusos (Cfr. "La Revolución de Hungría. La herida que no cicatrizará jamás", por Milovan Djilas. Traducción de Eduardo Meruéndano. En "Bohemia". La Habana, 23 de diciembre de 1956). Este artículo fué causa de una nueva detención de su autor, y aunque se llevó a cabo con todo sigilo, los corresponsales de Prensa occidentales pudieron comunicar a sus periódicos y al mundo la noticia. La sentencia del tribunal, que le condenaba a tres años de prisión, se hizo entonces efectiva.

Algún tiempo después—en agosto de 1957—el editor norteamericano Frederick Praeger publicaba en Nueva York el libro "The New Class (An analysis of the Communist System)", ensayo que Djilas había escrito en diversas épocas y que al entregarlo a los emisarios del editor rogaba se publicase cuanto antes, sin tener en cuenta su propia suerte. El 5 de octubre de 1957 un tribunal condenaba de nuevo a Djilas a siete años de "rigurosa prisión" por el delito de calumnia contra el Gobierno. Las agencias de Prensa de todo el mundo recogieron la vergonzosa noticia del juicio y condena de Milovan Djilas, y algunas de ellas, movidas por los resortes de un comunismo blanco inequívoco, manifestaron sus lacrimosos comentarios sin advertir en qué medida contribuían a una crítica de fondo de sus propias convicciones.

He aquí, pues, el resumen de la vida de un hombre, odiado ayer por media humanidad y hoy bendecido por sus antiguos enemigos. Su obra no puede leerse sin pensar que Djilas se encuentra en la prisión de Stemska Mitrovica, por haber tenido la rara valentía de dar al mundo la expresión de su pensamiento libre, de formular en un ensayo importante su desengaño y hastío ante la gran mentira de la realidad comunista, de vaticinar la definitiva ruina de aquella patulea despótica. El tribunal que le condenaba a siete años de prisión no lo hacía seguramente porque Djilas hubiese asesinado, hubiese robado o hubiese malgastado fondos públicos. No; la causa, sobre ser más estúpida, es profundamente más inhumana: Djilas permanecería en la prisión de Stemska Mitrovica durante siete años más por no haber querido pensar como sus antiguos amigos, por "desviacionista", por querer ser un hombre libre, consciente y responsable, cosas que no han ocurrido, ni ocurren, ni ocurrirán nunca en el seno de las ideologías totalitarias. La voz subversión sonó en todos los oídos de los dogmáticos, y ella sola bastó para condenar a un hombre y justificar la ineptitud y estupidez del clan que domina sobre las vidas y las almas de Yugoslavia. El autor de "La Nueva Clase" prefirió escribir sus ideas y desilusiones permaneciendo en el país, aguardando la venganza de sus amigos de otro tiempo. No es un ejemplo único; la historia de la democracia occidental está repleta de casos parecidos, al menos ocurren cuando las "dictablandas" y las dictaduras posan sus pies de lustradas botas en las libertades y derechos humanos. Milovan Djilas permanecerá en la prisión durante nueve años, tiempo de sus dos condenas últimas, pero su recuerdo en esta hora no puede ser indiferente. Su libro podrá pasar con esa fugacidad típica de las obras de actualidad política, pero su ejemplo no puede quedar olvidado por el historiador futuro y por las generaciones que hoy seguimos pensando en la libertad y en todos los ideales que hicieron hasta

ahora posible una convivencia sincera y racional.

FERMIN SOLANA PRELLEZO

MADARIAGA, Benito: "*Sociología Veterinaria Actual*". Prólogo del profesor Sanz Egaña. Aldus, S. A. Santander, 1958. 93 páginas.

La aplicación de los métodos sociométricos a los diversos campos de la ciencia y, sobre todo, a la auscultación de los grupos sociales diferenciados, constituye uno de los rasgos típicos de la sociología moderna. La vieja técnica sociológica, basada sobre los prejuicios, ideas y conceptos del espectador de la realidad social, ha sido marginada y parece que definitivamente. La práctica que hacía el intento de conocer la intensidad de los estados de tensión social, la dinámica de los grupos, los procesos culturales, la inflación de determinadas concepciones, el mecanismo complejo del desarrollo de la vida rural, etcétera, ha probado su deficiencia e incluso la falsedad de sus resultados, si no descansa sobre otros elementos que no sean las tendencias mentales particulares del observador. Esto lo comprendieron muy bien los pensadores sociales norteamericanos, verdaderos creadores de la sociología experimental.

Uno de los errores más persistentes de las llamadas clases intelectuales, que por otra parte ha constituido un hábito en su estructura mental, es sin duda éste: creer que sus apreciaciones y juicios sobre uno o varios aspectos de la actividad social de un grupo—entendiendo este vocablo en un sentido muy amplio, como lo hizo Bernard por ejemplo—son absolutamente ciertas. Este hábito que pudo ser, y de hecho ha sido, testimonio del ingenio y talento de tantos pensadores, deformó, sin embargo, toda la sociología del siglo XIX y la ha hecho hoy, en gran medida, inútil o inservible. Los procesos sociales, como conjunto de fenómenos que ocurren en el seno de una comunidad, no pueden